

“Tía Jose Rivadeneira tuvo una hija con los ojos grandes como dos lunas, como un deseo. Apenas colocada en su abrazo, todavía húmeda y vacilante, la niña mostró los ojos y algo en las alas de sus labios que parecía pregunta.

-¿Qué quieres saber? -le dijo la tía Jose jugando a que entendía ese gesto.

Como todas las madres, tía Jose pensó que no había en la historia del mundo una criatura tan hermosa como la suya. La deslumbraban el color de su piel, el tamaño de sus pestañas y la placidez con que dormía. Temblaba de orgullo imaginando lo que haría con la sangre y las quimeras que latían en su cuerpo.

Se dedicó a contemplarla con altivez y regocijo durante más de tres semanas. Entonces la inexpugnable vida hizo caer sobre la niña una enfermedad que en cinco horas convirtió su extraordinaria viveza en un sueño extenuado y remoto que parecía llevársela de regreso a la muerte.

Cuando todos sus talentos curativos no lograron mejoría alguna, tía Jose, pálida de terror, la cargó hasta el hospital. Ahí se la quitaron de los brazos y una docena de médicos y enfermeras empezaron a moverse agitados y confundidos en torno a la niña. Tía Jose la vio irse tras una puerta que le prohibía la entrada y se dejó caer al suelo incapaz de cargar consigo misma y con aquel dolor como un acantilado.

Ahí la encontró su marido que era un hombre sensato y prudente como los hombres acostumbran fingir que son. Le ayudó a levantarse y la regañó por su falta de cordura y esperanza. Su marido confiaba en la ciencia médica y hablaba de ella como otros hablan de Dios. Por eso lo turbaba la insensatez en que se había colocado su mujer, incapaz de hacer otra cosa que llorar y maldecir al destino.

Aislaron a la niña en una sala de terapia intensiva. Un lugar blanco y limpio al que las madres sólo podían entrar media hora diaria. Entonces se llenaba de oraciones y ruegos. Todas las mujeres persignaban el rostro de sus hijos, les recorrían el cuerpo con estampas y agua bendita, pedían a todo Dios que los dejara vivos. La tía Jose no conseguía sino llegar junto a la cuna donde su hija apenas respiraba para pedirle: "no te mueras". Después lloraba y lloraba sin secarse los ojos ni moverse hasta que las enfermeras le avisaban que debía salir.

Entonces volvía asentarse en las bancas cercanas a la puerta, con la cabeza sobre las piernas, sin hambre y sin voz

rencorosa y arisca, ferviente y desesperada. ¿Que podía hacer? ¿Por que tenía que vivir su hija? ¿Qué sería bueno ofrecerle a su cuerpo pequeño lleno de agujas y sondas para que le interesara quedarse en este mundo? ¿Qué podría

decirle para convencerla de que valía la pena hacer el esfuerzo en vez de morirse?

Una mañana, sin saber la causa, iluminada sólo por los fantasmas de su corazón, se acercó a la niña y empezó a contarle las historias de sus antepasadas. Quiénes habían sido, qué mujeres tejieron sus vidas con qué hombres antes de que la boca y el ombligo de su hija se anudaran a ella. De qué estaban hechas, cuántos trabajos habían pasado, qué penas y jolgorios traía ella como herencia. Quiénes sembraron con intrepidez y fantasías la vida que le tocaba prolongar.

Durante muchos días recordó, imaginó, inventó. Cada minuto de cada hora disponible habló sin tregua en el oído de Su hija. Por fin, al atardecer de un jueves, mientras contaba implacable alguna historia, su hija abrió los ojos y la miró ávida y desafiante, como sería el resto de su larga existencia.

El marido de tía Jose dio las gracias a los médicos, los médicos dieron gracias a los adelantos de su ciencia, la tía abrazó a su niña y salió del hospital sin decir una palabra. Sólo ella sabía a quiénes agradecer la vida de su hija. Sólo ella supo siempre que ninguna ciencia fue capaz de mover tanto, como la escondida en los ásperos y sutiles hallazgos de otras mujeres con los ojos grandes.”

La mujer esqueleto

Tradición oral, recopilado por Clarissa Pinkola Estés

Había hecho algo que su padre no aprobaba, aunque ya nadie recordaba lo que era. Pero su padre la había arrastrado al acantilado y la había arrojado al mar. Allí los peces se comieron su carne y le arrancaron los ojos. Mientras yacía bajo la superficie del mar, su esqueleto daba vueltas y más vueltas en medio de las corrientes.

Un día vino un pescador a pescar, bueno, en realidad, antes venían muchos pescadores a esta bahía. Pero aquel pescador se había alejado mucho del lugar donde vivía y no sabía que los pescadores de la zona procuraban no acercarse por allí, pues decían que en la cala había fantasmas.

El anzuelo del pescador se hundió en el agua y quedó prendido nada menos que en los huesos de la caja torácica de la Mujer Esqueleto. El pescador Pensó: "¡He pescado uno muy gordo! ¡Uno de los más gordos!" Ya estaba calculando mentalmente cuántas personas podrían alimentarse con aquel pez tan grande, cuánto tiempo les duraría y cuánto tiempo él se podría ver libre de la ardua tarea de cazar. Mientras luchaba denodadamente con el enorme peso que colgaba del anzuelo, el mar se convirtió en una agitada espuma que hacía balancear y estremecer el kayak, pues la que se encontraba debajo estaba tratando de desengancharse.

Pero, cuanto más se esforzaba, más se enredaba con el sedal. A pesar de su resistencia, fue inexorablemente arrastrada hacia arriba, remolcada por los huesos de sus propias costillas.

El cazador, que se había vuelto de espaldas para recoger la red, no vio cómo su calva cabeza surgía de entre las olas, no vio las minúsculas criaturas de coral brillando en las órbitas de su cráneo ni los crustáceos adheridos a sus viejos dientes de marfil. Cuando el pescador se volvió de nuevo con la red, todo el cuerpo de la mujer había aflorado a la superficie y estaba colgando del extremo del kayak, prendido por uno de sus largos dientes frontales.

"¡Ay!", gritó el hombre mientras el corazón le caía hasta las rodillas, sus ojos se hundían aterrorizados en la parte posterior de la cabeza y las orejas se le encendían de rojo. "¡Ay!", volvió a gritar, golpeándola con el remo para desengancharla de la proa y remando como un desesperado rumbo a la orilla. Como no se daba cuenta de que la mujer estaba enredada en el sedal, se pegó un susto tremendo al verla de nuevo, pues parecía que ésta se hubiera puesto de puntillas sobre el agua y lo estuviera persiguiendo. Por mucho que zigzagueara con el kayak, ella no se apartaba de su espalda, su aliento se propagaba sobre la superficie del agua en nubes de vapor y sus brazos se agitaban como si quisieran agarrarlo y hundirlo en las profundidades.

"¡Aaaaayy!", gritó el hombre con voz quejumbrosa mientras se acercaba a la orilla. Saltó del kayak con la caña de pescar y echó a correr, pero el cadáver de la Mujer Esqueleto, tan blanco como el coral, lo siguió brincando a su espalda, todavía prendido en el sedal. El hombre corrió sobre las rocas y ella lo siguió. Corrió sobre la tundra helada y ella lo siguió. Corrió sobre la carne puesta a secar y la hizo pedazos con sus botas de piel de foca.

La mujer lo seguía por todas partes e incluso había agarrado un poco de pescado helado mientras él la arrastraba en pos de sí. Y ahora estaba empezando a comérselo, pues llevaba muchísimo tiempo sin llevarse nada a la boca. Al final, el hombre llegó a su casa de hielo, se introdujo en el túnel y avanzó a gatas hacia el interior. Sollozando y jadeando permaneció tendido en la oscuridad mientras el corazón le latía en el pecho como un gigantesco tambor. Por fin estaba a salvo, sí, a salvo gracias a los dioses, gracias al Cuervo, sí, y a la misericordiosa Sedna, estaba... a salvo... por fin.

Pero, cuando encendió su lámpara de aceite de ballena, la vio allí acurrucada en un rincón sobre el suelo de nieve de su casa, con un talón sobre el hombro, una rodilla en el interior de la caja torácica y un pie sobre el codo. Más tarde el hombre no pudo explicar lo que ocurrió, quizá la luz de la lámpara suavizó las facciones de la mujer o, a lo mejor, fue porque él era un hombre solitario. El caso es que se sintió invadido por una cierta compasión y lentamente alargó sus mugrientas manos y, hablando con dulzura como hubiera podido hablarle una madre a su hijo, empezó a desengancharla del sedal en el que estaba enredada.

"Bueno, bueno." Primero le desenredó los dedos de los pies y después los tobillos. Siguió trabajando hasta bien entrada la noche hasta que, al final, cubrió a la Mujer Esqueleto con unas pieles para que entrara en calor y le colocó los huesos en orden tal como hubieran tenido que estar los de un ser humano.

Buscó su pedernal en el dobladillo de sus pantalones de cuero y utilizó unos cuantos cabellos suyos para encender un poco más de fuego.

De vez en cuando la miraba mientras untaba con aceite la valiosa madera de su caña de pescar y enrollaba el sedal de tripa. Y ella, envuelta en las pieles, no se atrevía a decir ni una sola palabra, pues temía que aquel cazador la sacara de allí, la arrojara a las rocas de abajo y le rompiera todos los huesos en pedazos.

El hombre sintió que le entraba sueño, se deslizó bajo las pieles de dormir y enseguida empezó a soñar. A veces, cuando los seres humanos duermen, se les escapa una lágrima de los ojos. No sabemos qué clase de sueño lo provoca, pero sabemos que tiene que ser un sueño triste o nostálgico. Y eso fue lo que le ocurrió al hombre.

La Mujer Esqueleto vio el brillo de la lágrima bajo el resplandor del fuego y, de repente, le entró mucha sed. Se acercó a rastras al hombre dormido entre un crujir de huesos y acercó la boca a la lágrima. La solitaria lágrima fue como un río y ella bebió, bebió y bebió hasta que consiguió saciar su sed de muchos años.

Después, mientras permanecía tendida al lado del hombre, introdujo la mano en el interior del hombre dormido y le sacó el corazón, el que palpitaba tan fuerte como un tambor. Se incorporó y empezó a golpearlo por ambos lados: ¡Pom, Pom!.... ¡Pom, Pom!

Mientras lo golpeaba, se puso a cantar "¡Carne, carne, carne! ¡Carne, carne, carne!". Y, cuanto más cantaba, tanto más se le llenaba el cuerpo de carne. Pidió cantando que le saliera el cabello y unos buenos ojos y unas rollizas manos. Pidió cantando la hendidura de la entrepierna, y unos pechos lo bastante largos como para envolver y dar calor y todas las cosas que necesita una mujer.

Y, cuando terminó, pidió cantando que desapareciera la ropa del hombre dormido y se deslizó a su lado en la cama, piel contra piel.

Devolvió el gran tambor, el corazón, a su cuerpo y así fue como ambos se despertaron, abrazados el uno al otro, enredados el uno en el otro después de, pasar la noche juntos, pero ahora de otra manera, de una manera buena y perdurable.

La gente que no recuerda la razón de su mala suerte dice que la mujer y el pescador se fueron y, a partir de entonces, las criaturas que ella había conocido durante su vida bajo el agua, se encargaron de proporcionarles siempre el alimento. La gente dice que es verdad y que eso es todo lo que se sabe.

—Santos y buenos días —dijo la muerte, y ninguno de los presentes la pudo reconocer.

¡Claro!, venía la parca con su trenza retorcida bajo el sombrero y su mano amarilla en el bolsillo.

—Si no molesto —dijo—, quisiera saber dónde vive la señora Francisca.

—Pues mire —le respondieron, y asomándose a la puerta, un hombre señaló con su dedo rudo de labrador:

Allá por los matorrales que bate el viento, ¿ve? hay un camino que sube la colina. Arriba hallará la casa.

"Cumplida está" pensó la muerte, y dando las gracias echó a andar por el camino aquella mañana que, precisamente, había pocas nubes en el cielo y todo el azul resplandecía de luz.

Andando pues, miró la muerte la hora y vio que eran las siete de la mañana. Para la una y cuarto, pasado el meridiano, estaba en su lista cumplida ya la señora Francisca.

"Menos mal, poco trabajo; un solo caso", se dijo satisfecha de no fatigarse la muerte y siguió su paso, metiéndose ahora por el camino apretado de romerillo y rocío.

Efectivamente, era el mes de mayo y con los aguaceros caídos no hubo semilla silvestre ni brote que se quedara bajo tierra sin salir al sol. Los retoños de la ceibas eran pura caoba transparente. El tronco del guayabo soltaba, a espacios, la corteza, dejando ver la carne limpia de la madera. Los cañaverales no tenían una sola hoja amarilla; verde era todo, desde el suelo al aire, y un olor a vida subía de las flores.

Natural que la muerte se tapara la nariz. Lógico también que ni siquiera mirara tanta rama llena de nidos, ni tanta abeja con su flor. Pero ¿qué hacerse?; estaba la muerte de paso por aquí, sin ser su reino.

Así pues, echó y echó a andar la muerte por los caminos hasta llegar a casa de Francisca.

—Por favor, con Panchita

—dijo adúlona la muerte.

—Abuela salió temprano

—contestó una nieta de oro, un poco temerosa, aunque la parca seguía con su trenza bajo el sombrero y la mano en el bolsillo.

—¿Y a qué hora regresa?

—preguntó la muerte.

—¡Quién lo sabe! —dijo la madre de la niña—. Depende de los quehaceres. Por el campo anda, trabajando.

Y la muerte se mordió el labio. No era para menos seguir dando rueda por tanto mundo bonito y ajeno.

—Hace mucho sol. ¿Puedo esperarla aquí?

— Aquí quien viene tiene su casa. Pero puede que ella no regrese hasta el anochecer.

"¡Chin!", pensó la muerte, "se me irá el tren de las cinco. No; mejor voy a buscarla". Y levantando su voz, dijo la muerte:

—¿Dónde, de fijo, pudiera encontrarla ahora?

—De madrugada salió a ordeñar. Seguramente estará en el maíz, sembrando.

—¿Y dónde está el maizal? -preguntó la muerte.

—Siga la cerca y luego verá el campo arado detrás.

—Gracias —dijo secamente la muerte y echó a andar de nuevo.

Pero miró todo el extenso campo arado y no había un alma en él. Sólo garzas. Soltóse la trenza la muerte y rabió:

"¡Vieja andariega, dónde te habrás metido!" Escupió y continuó su sendero sin tino.

Una hora después de tener la trenza ardida bajo el sombrero y la nariz repugnada de tanto olor a hierba nueva, la muerte se topó con un caminante:

—Señor, ¿podiera usted decirme dónde está Francisca por estos campos?

—Tiene suerte —dijo el caminante—, media hora lleva en casa de los Noriega. Está el niño enfermo y ella fue a sobarle el vientre.

—Gracias —dijo la muerte como un disparo, y apretó el paso.

Duro y fatigoso era el camino. Además, ahora tenía que hacerlo sobre un nuevo terreno arado, sin trillo, y ya se sabe cómo es de incómodo sentar el pie sobre el suelo irregular y tan esponjoso de frescura, que se pierde la mitad del esfuerzo. Así por tanto, llegó la muerte hecha una lástima a casa de los Noriega:

—Con Francisca, a ver si me hace el favor.

—Ya se marchó.

—¡Pero , cómo! ¿Así, tan de pronto?

—¿Por qué tan de pronto? —le respondieron—.

Sólo vino a ayudarnos con el niño y ya lo hizo. ¿De qué extrañarse?

—Bueno... verá —dijo la muerte turbada—, es que siempre una hace la sobremesa en todo, digo yo.

—Entonces usted no conoce a Francisca.

—Tengo sus señas —dijo burocrática la impía.

— A ver; dígalas —esperó la madre. Y la muerte dijo:

— Pues... con arrugas; desde luego ya son sesenta años...
—¿Y qué más?
—Verá... el pelo blanco... casi ningún diente propio... la nariz, digamos...
—¿Digamos qué?
—Filosa.
—¿Eso es todo?
—Bueno... además de nombre y dos apellidos.
—Pero usted no ha hablado de sus ojos.
—Bien; nublados... sí, nublados han de ser... ahumados por los años.
—No, no la conoce —dijo la mujer—.
Todo lo dicho está bien, pero no los ojos. Tiene menos tiempo en la mirada. Ésa, a quien usted busca, no es Francisca.
Y salió la muerte otra vez al camino. Iba ahora indignada sin preocuparse mucho por la mano y la trenza, que medio se le asomaba bajo el ala del sombrero.
Anduvo y anduvo. En casa de los González le dijeron que estaba Francisca a un tiro de ojo de allí, cortando pastura para la vaca de los nietos. Mas sólo vio la muerte la pastura recién cortada y nada de Francisca, ni siquiera la huella menuda de su paso. Entonces la muerte, quien ya tenía los pies hinchados dentro de los botines enlodados, y la camisa negra, más que sudada, sacó su reloj y consultó la hora:
"¡Dios! ¡Las cuatro y media! ¡Imposible! ¡Se me va el tren!"
Y echó la muerte de regreso, maldiciendo.
Mientras, a dos kilómetros de allí, Francisca escardaba de malas hierbas el jardincito de la escuela. Un viejo conocido pasó a caballo y, sonriéndole, le echó a su manera el saludo cariñoso:
—Francisca, ¿cuándo te vas a morir?
Ella se incorporó asomando medio cuerpo sobre las rosas y le devolvió el saludo alegre:
—Nunca —dijo—, siempre hay algo que hacer.

Dicen que los coleccionistas suelen ser personas de larga vida. Parece que a ellos nunca les llega la hora de morir. Mejor dicho, sí, les llega, igual que a todo el mundo, pero los coleccionistas se resisten a morir. Y no se mueren. ¿Y eso por qué? Porque a su colección- mas bien a sus colecciones- siempre les anda faltando algo...

Caso parecido, creo yo, es el de los lectores. Hablo de los lectores adictos, de los que leen lápiz en mano, como le gusta a Steiner, dialogando con el autor; de los que jamás salen sin un libro en la mano, por cualquier cosa; de los que compran libros que, intuyen, nunca van a llegar a leer; de los que están deseando volver a casa para arrebujarse dentro del libro que están leyendo; de los que repasan la historia de su propia vida través de las marcas que fueron dejando en sus libros; de los que acarician libros y los olfatean y duermen con ellos debajo de la almohada; de los que abren un libro al azar para encontrar la respuesta a alguna pregunta, el consuelo a algún dolor, de los que retrasan la lectura de las últimas páginas para alargar el placer; de los que cuando terminan un bello libro se preguntan: “¿Y ahora, qué va a ser de mi?”.

Mi papá era un lector de esos. “Todavía no me puedo morir –decía, disculpándose-:tengo que terminar El otoño del patriarca...” Y no se moría. Porque antes de terminar ese libro ya empezaba otro. Y entonces era cosa de nunca acabar. Una estrategia, como cualquier otra. Es que para lectores así, la muerte es un verdadero escándalo. Con todo lo que hay que leer...

Quiere decir que es cierto: leer alarga la vida. Y eso no solo referido a la posibilidad de vivir vidas ajenas de agregar un cuarto a la casa de la vida, como decía Bioy Casares, de hacer cosas que jamás haríamos en la existencia común y corriente –subir a las estrellas, bajar al fondo del mar, desenterrar tesoros en islas desiertas-, no. Hablo de vivir mas tiempo, literalmente hablando.

Claro que, finalmente, los lectores adictos también se mueren. Pero lo hacen tan a su pesar, tan aforrándose con uñas y dientes a la poquita vida que les va quedando...

(Catedral de Santander, sepulcro de don Marcelino Menéndez y Pelayo, una de las estatuas funerarias mas bellas de España. De larga barba y hábito de monje, don Marcelino duerme el sueño final. Y su cabeza se apoya en una almohada de libros. En los libros, una leyenda grabada: ¡Qué lástima morir cuando me queda tanto por leer!

A veces la resistencia del lector a morir es intolerable hasta ara la misma Muerte quien, condolida, se inclina a susurrar en los oídos del moribundo: “No temas, no desesperes, que el cielo debe ser una lectura continua e inagotable...” según dice Virginia Wolf, una escritora que ella, la muerte, conoce muy bien. Otras veces la muerte hace como que se confunde, como que se distrae, y mira para otro lado... y el que muere es uno que no tenia nada que ver, pero que andaba por el mundo sin un libro en la mano que lo protegiera de todo mal...

De lectores trata este libro. Y-quien dice leer dice escribir- también trata de escritores , esas bombas de tiempo, esos seres que nunca terminan de crecer y sentar cabeza. Fernando Pessoa, por ejemplo, que en el libro del desasosiego se pregunta: Dios me creó para niño y me dejó siempre niño. ¿pero por qué permitió que la vida me maltratase y me quitase los juguetes...?

Y también trata de maestros, y de chicos, y de risa, y de los primeros encuentros con los libros, y del derecho a la fantasía, y de lo siniestro, y de la felicidad, y del miedo, la emoción más antigua (H.P. Lovecraft) que está en el origen de toda creación...

Son alguno de los temas que tomo en los cuales fui reflexionando a lo largo de estos últimos años. Los mismos temas enfocados desde diferentes puntos de vista. Y que se van ampliando, como los círculos en el agua. Después de todo, uno habla apenas de sus obsesiones. De lo que puede, no de lo que quiere. Y desde donde puede, que en mi caso suele ser el humor y la infancia

El desgano (Julio Cesar Castro)

Al desgano conviene matarlo de chiquito, por que si se lo deja crecer se le adueña del rancho, y después pa sacarlo te quiero ver escopeta.

Pa pior es pastoso y se va ganando por los rincones, y cuando uno quiere acordar le va empañando los vidrios de las ventanas y no lo deja ver pa fuera.

A un tal Peripecio Pilín se le apareció el desgano de atrás de un árbol, pa un mediodía calurosos, por que el desgano se da mucho con la calor.

De un saludito se le trepó al anca del caballo y se dejó llevar.

Es lo que tiene, le gusta dejarse llevar.

Peripecio no le hizo mucho caso, por que era un desgano chiquito, como quien dice un pichón de desgano.

Cuando llegó a su ranch entró y atrás el desgano, arrastrando los pieses.

El hombre no le hizo caso, pero cuando quiso acordar, en un descuido, el desgano se le sentó en el banquito de tomar mate.

Estuvo a punto de volarlo de un moquete, pero lo pensó un momento y se le fueron las ganas.

Otro de los peligros del desgano es que es mimoso.

Se acercó a los pieses del hombre, le lambetió las alpargatas, y se le fue trepando, silencioso, acariciante, medio pegote, Peripecio lo estuvo por bajar de un manotón, pero se quedó en el amague por que se le fueron las ganas.

Cuando quiso acordar, el desgano lo estaba empujando pal catre.

NO era hora, pero, por no tener cuestiones, se dejó arrastrar.

Al otro día estaba incapacitau de levantarse y el desgano le pintó el rancho de gris, se lo forró de corcho pa que no escuchara el canto de los pájaros, y le empañó los vidrios de las ventanas pa que no viera pa fuera.

Pero el desgano también tuvo su momento de descuido.

A Peripecio se le aclaró un instante la mollera, y se dió cuenta que tenía que luchar contra el desgano.

Apenitas si le quedaba una pizca de voluntá, por que el resto se la había ido devorando el desgano que cada día se ponía mas gordo.

Otra cosa que tiene el desgano: es de fácil engorde. ¡Es de goloso...! Diga que el hombre se prendió al pedacito de voluntá que le quedaba, salió pa fuera a los tumbos, lo encandiló la luz del día, agarró un hacha y se puso a cortar leña con furia.

A cada hachazo pegaba un grito pa darse coraje, y con tanto grito el desgano se retorció, se revolcaba, hasta quedar hecho una porquería, y salía haciendo muecas de dolor y de rabia.

Después Peripecio les fue a avisar a los vecinos, pa que se cuidaran de un desgano que andaba rondando por el pago, pa que no se les fuera a meter en los ranchos, y de ser posible, que lo mataran de chiquito.

Los ancianos y las apuestas (Javier Villafañe)

La novia del anciano

Todas las noches el anciano les contaba cuentos a los nietos. El cuento que más les gustaba era el de la novia del abuelo, cuando el abuelo tenía doce años y paseaba en bicicleta con su novia.

Comenzaba así: "Ella era suave y hermosa. La cabellera larga y los ojos redondos y luminosos como los mirasoles. Andaba siempre en bicicleta."

Una noche lo interrumpió Luis, el menor de los nietos:

—Abuelo, no cuente cómo murió esa tarde porque hoy vino a buscarme en bicicleta cuando salía de la escuela.

—Abuelo —dijo Irene—, esta mañana dejó la bicicleta apoyada en un árbol y jugó con nosotros en el patio. Me escondí detrás de sus cabellos y nadie me vio.

—Abuelo —dijo Esteban—, tiene los ojos tan grandes que aprendí a nadar en sus ojos.

—Abuelo —dijo Claudia—, ella lo está esperando.

Y con una tijera le cortó la barba, la quemó con la llama de un fósforo y en el humo apareció una bicicleta. El abuelo bajó las escaleras pedaleando y cuando llegó a la calle se encontró con su novia. Los nietos los vieron irse en bicicleta.

Hace mucho tiempo vivía en una aldea que no conocemos un muchacho de veinte años, justo y valiente. Pretendía a una doncella de su edad, blanca como la leche, y tal bella como vanidosa.

El muchacho tenía el rostro cruzado de cicatrices. La doncella, enferma de juvenil frivolidad, exigía para hablar de noviazgo, que el muchacho se quitara las cicatrices del rostro.

El muchacho sabía que esto era imposible, pero la doncella estaba acostumbrada a que se le cumplieran sus más estafalarios deseos. Así la habían tratado sus padres y los ricos hombres que la cortejaban.

El muchacho pasaba noches de insomnio pensando en como satisfacer el requerimiento, y la doncella insistía en que cuando se hubiese quitado las cicatrices, ella lo estaría aguardando.

¿Por qué el muchacho seguía amando a una dama tan necia? ¡Misterio! ¿Por qué una mujer tan agraciada era tan necia? ¡Mas misterio!

En una de las noches de insomnio que el muchacho sufría bajo un árbol del bosque (el estado de su alma le hacía imposible permanecer en una cama), acertó a pasar por allí un mago.

El muchacho vio llegar a un hombre en una carreta tirada por un mulo. Cuando el animal se detuvo, el hombre bajó de la carreta; y haciendo un movimiento de manos transformó al mulo en un hombre.

Hizo un pequeño fogón, sacó un pollo de la carreta, lo atravesó con un palo y comenzó a asarlo mientras conversaba con el mulo convertido en hombre.

El muchacho se frotó varias veces los ojos y se acercó impávido al prodigioso dúo.

• ¿Có..có...cómo has hecho eso?-preguntó

-Oh-dijo el mago sin darle importancia-. Es feo comer solo, y a la hora de la cena, siempre me procuro alguien con quien conversar.

Y ni bien terminó la frase, con un nuevo pase de manos, volvió a transformar al hombre en mulo.

-Ahora ya tengo con quien conversar- digo el mago, haciéndole un ademán al muchacho para que se sentara junto a él.

-¿Cómo haces eso?- repitió el muchacho.

-A excepción de cómo hago mis trucos, podemos conversar de todo lo que quieras-respondió el mago.

El muchacho, que tenía un solo tema en su magín, acercando su rostro al fuego, mostrándoselo al mago, se apresuró a decir:

-¡Apuesto a que con tu magia podrías quitarme todas las cicatrices del rostro!

-Por supuesto-respondió el mago sin un ápice de vanidad.

-Pues, adelante-dijo el muchacho

-¿Estas seguro de que es lo que quieres?-le preguntó el mago.

-De nada he estado más seguro-dijo el muchacho.

El mago pasó suavemente un dedo por una de las cicatrices del muchacho. De inmediato, entre los dos, se presentó una imagen. Era el recuerdo del día en que el muchacho se había hecho esa cicatriz. Los cosacos atacaban la aldea, y el muchacho, valientemente, salía al encuentro de ellos. El sable de un cosaco le rozaba el rostro. Pero ahora, en la imagen que el mago presentaba, el recuerdo cambiaba: el muchacho se escondía tras unos toneles y no enfrentaba a los bandidos. Aguardaba escondido hasta que se marchaba, luego de haber realizado todo tipo de tropelías. Cuando la imagen se desvaneció, nuevamente estaban el mago y el muchacho junto al fogón. El mago fue hasta la carreta y regreso con un espejo. Lo limpio con la manga de su abrigo y se lo extendió al muchacho.

-Mírate-le dijo

El muchacho se observó. Efectivamente, la cicatriz ya no estaba.

-¡Prodigioso! – exclamó el muchacho.

-No es ningún prodigio- dijo el mago-.Si nunca has peleado contra los cosacos, ¿por qué habrías de tener esa cicatriz? ¿Quieres que te borre las otras?

-¡Por supuesto!- dijo el muchacho. Pero al instante se detuvo:

-Momento-agrego-. ¡Si he peleado contra los cosacos!

-No- le dijo el mago-.Ya no, y ya no tienes esa cicatriz.

-Solo te he pedido que me borres la cicatriz- dijo el muchacho-.No el momento en que me la hicieron.

-Eso- dijo el mago-, es imposible. No lo puede lograr ni el más sabio de los magos. Si partes de tu vida te han dejado cicatrices, debemos borrar esos recuerdos para borrar las cicatrices. ¿Te borro las demás?

-No- dijo el muchacho

Y luego de comer el pollo, ambos durmieron mansamente.

Cuando el muchacho despertó, al alba y bajo un árbol, el mago ya no estaba.

Corrió a ver a la doncella.

-Te he dicho que no te me acercaras hasta que no te quitaras las cicatrices del rostro- le dijo fríamente ella.

El muchacho no respondió a su insulto. Se señaló una cicatriz y le contó su historia. Señaló otra y otro recuerdo. . Una más y otro suceso de su vida. Terminó de contarle el origen de la última cicatriz frente al rabino que los caso...

Cristini se me sienta al lado porque es mi mejor amiga. "Hola", me dice, y estira la mano para que yo le vea el anillo nuevo.

Es divino el anillo, con una piedra brillante color rosita. "Se llama Rosa de Francia y me la regaló mi madrina", dice Cristini. "Y también me regaló esto". Y entonces Cristini saca una caja de lata con caballitos de colores en la tapa y veinticuatro pinturitas adentro. "Son alemanas, carisimas", dice Cristini. "Tero igual te las presto porque sos mi mejor amiga."

Mi madrina no me puede regalar anillos ni pinturitas alemanas porque ella es maestra, dice mi mamá. Cosas prácticas me regala mi madrina, como ser medias, bombachas y vitaminas.

Es linda la casa de mi madrina, con su jardín y su árbol de nueces. Debajo del árbol de nueces, mi madrina tiene una mesita. Y arriba de la mesita, la Piedra Movediza de Tandil, que sirve para romper las nueces.

Hay otra Piedra Movediza de Tandil, que está en Tandil, es grandísima y se la pasa moviéndose para aquí y para allá. Gentes de todo el mundo vienen a verla, hasta en barcos y en aviones a chorro vienen. Y le ponen botellas a un costadito y la Piedra va y crac, las rompe. Pero ahora no las rompe más, dice mi papá, porque la Piedra Movediza de Tandil se fue al carajo.

Por suerte queda la de mi madrina, pienso yo.

"Mi madrina tiene la Piedra Movediza de Tandil", le digo a Cristini. "¿Y eso para qué sirve?", me pregunta Cristini. "Tara romper las nueces", le digo yo. "Ah", dice Cristini. "¿Me prestás el rosita?", le digo yo.

Como soy la hija del maestro, tengo que usar los útiles de la Cooperadora, para dar el ejemplo.

El lápiz negro se llama ¡Eureka! y no escribe, raspa.

La goma también se llama ¡Eureka! y mientras borra va ensuciando.

Las pinturitas ¡Eureka! no son largas, son cortas; no son veinticuatro, son seis; y no van en caja de lata adornada con unos caballitos de colores: van en caja de cartón adornada con un muerto sin ojos.

El cuaderno no se llama ¡Eureka!, se llama Gorriti porque en la tapa lo pusieron a Gorriti, que era un señor famoso en el mundo entero y eso que no era General de la Nación ni nada.

El cuaderno Gorriti tiene tapa blanda, que se sale, y hojas que no te podés equivocar, porque si borrás se te hace un agujero y se ve del otro lado.

Por suerte tengo regla que no es ¡Eureka! ni Gorrítí, es Pinerál, que no sé quién era pero que igual me sirve para dibujarle los renglones al Gorriti, que se los olvidaron de hacer.

"¿Seguro que no es ¡Eureka! el cuaderno?", le pregunto a mi papá cada vez que los renglones me salen torcidos.

Y mi papá me dice que no me haga la graciosa, que más de un niño daría la vida por tener mi cuaderno, mi goma, mi lápiz. Y que allá en la China y también en los desiertos, los niños dibujan con palitos en la tierra y nunca se quejan.

A mí me gustan los cuadernos de tapa dura donde está San Martín, con su traje de General de la Nación y su caballo blanco.

Mi mamá dice que no importa lo que haya en la tapa porque igual va forrada con azul araña, para que no se arruine, y después con el Billiken, para que no se arruine el azul araña.

Hay unos cuadernos divinos deben ser alemanes que tienen tapa dura y van atados con alambre. Pero en la escuela están terminantemente prohibidos, porque a ver si los varones, que son tan brutos, les arrancan los ojos a las niñas con el alambre y después qué hacemos.

¡Eureka! quiere decir "¡¡Qué suerte!! !!Lo encontré!!" Y la palabra la inventó el muerto sin ojos de las pinturitas que no es un muerto sin ojos, es una estatua, me dijo mi mamá.

Lo que mi mamá no se acuerda bien es qué cosa hizo el señor Gorriti para ser famoso en el mundo entero. Pero algo grande habrá hecho, dice mi mamá, porque no solamente tiene cuaderno: también tiene calle.

A mí me gustan los sábados porque los sábados son días de limpiar pupitres. Muy cargados vamos los sábados: además de la valija y la bolsita blanca con nombre azul, tenemos que llevar la bolsita azul con nombre blanco, la de limpiar.

Adentro de la bolsita de limpiar va un delantal azul (a mí me lo hizo mi tía, y como lo adornó con frutillas, que están prohibidas, me tuvo que hacer otro, liso), un papel de lija, dos trapitos viejos y un limón. (A los limones, que sirven para sacar la tinta, los tenemos que poner arriba del escritorio de la Señorita, para que ella los corte con un cuchillo peligroso.)

Antes de que empecemos a limpiar, llega Juan con una lata en una mano y una botella grande de tinta con piquito en la otra mano. Entonces Juan va pasando y nosotros tiramos la tinta sucia en la lata y él nos llena el tinterito con la tinta fresca. (Los tinteritos nuestros se ensucian mucho porque los varones, que son

muy asquerosos, se la pasan echando adentro porquerías, como ser pelusas y moscas muertas.) A mí me da frío en los dientes cuando paso la lija, pero me la aguanto y la paso lo mismo. Y después de la lija paso un trapito, y después la mitad del limón (ahí hay que esperar para que el limón chupe bien), y de vuelta el trapito. Algunas niñas se chupan los limones. Y los varones, para hacerse los chistosos, se los chupan cuando están llenos de tinta.

Por suerte nada más quedan cuatro varones en el grado, que si no...

Para que el pupitre no se me manche con tinta, mi papá me regala un tintero involucable, que uno lo da vuelta y la tinta se queda pegada arriba, como las moscas en el techo.

"¿Es ¡Eureka!?", le pregunto a mi papá.

"¡¡NOOOOO!! ¡Lo compré en La Preferida!", dice mi papá.

"Mi papá me compró un tintero involucable", le digo a Cristini.

"A ver", dice Cristini.

Entonces yo agarro el tintero, lo doy vuelta y lo sacudo sobre mi cuaderno de clase.

Lo engañaron a mi papá: el tintero involucable es ¡Eureka!

Con frecuencia me piden describir la experiencia de criar a un hijo con una discapacidad- para intentar que las personas que no han compartido esa experiencia única la comprendan, se imaginen como se sentiría. Es algo así...

Cuando Ud. va a tener un bebé, es como planificar un fabuloso viaje de vacaciones - a Italia. Ud. compra las Guías de viaje y hace planes maravillosos. El Coliseo. El David de Michelangelo. Las góndolas en Venecia. A lo mejor hasta aprende algunas frases útiles en italiano. Todo es muy emocionante.

Después de varios meses de paciente espera, el día finalmente llega. Ud. hace sus maletas y se marcha. Varias horas después, aterriza el avión. La aeromoza se acerca y anuncia: "Bienvenidos a Holanda".

"Holanda?!!", se dice Ud. "¿Cómo que Holanda? ¡Yo me anoté para viajar a Italia! Se suponía que estaría en Italia. ¡Toda mi vida he soñado con viajar a Italia!

Pero hubo un cambio en los planes de vuelo. El avión ha aterrizado en Holanda y ahí deberán permanecer.

Lo importante es que no le han llevado a un lugar horrible, asqueroso, sucio, lleno de pestilencia, hambruna y enfermedad. Sólo se trata de un sitio diferente.

Así que Ud. deberá salir y comprar nuevas guías. Y deberá aprender un idioma completamente distinto. Y conocerá a un grupo de gente nueva que, de otra forma, nunca hubiera conocido.

Sólo se trata de un lugar diferente. El ritmo es más lento que en Italia, menos extravagante que en Italia.

Pero después de permanecer allí por un tiempo y retomar su aliento, Ud. contemplará sus alrededores y comenzará a notar que Holanda tiene molinos de viento, que Holanda tiene tulipanes y que Holanda hasta tiene Rembrandts.

Pero todos a quienes Ud. conoce están ocupados yendo y viniendo de Italia...y alardeando acerca del tiempo maravilloso que pasaron allá. Y por el resto de su vida, Ud. dirá "Sí, ese era mi destino. Es lo que había planeado."

Y el dolor de ésto nunca pero nunca, nunca, nunca desaparecerá del todo...porque la pérdida de ese sueño es una pérdida muy significativa.

Pero...si Ud. pasa su vida en duelo por no haber llegado a Italia, puede que nunca se sienta libre para disfrutar de las cosas tan especiales, tan hermosas de Holanda.

Minicuentos

La Príncipeadicta (Caloi)

Ella era príncipeadicta, nadie le había explicado que los príncipes azules destiñen en el primer lavado. Así que se hizo una lista con todos los hombres del mundo para encontrar el verdadero amor que solo se lo daría un príncipe azul.

Y empezó a tachar de su larga lista: a los casados, a los solteros mayores de 25 años, a los divorciados sin hijos, a los divorciados con 3 hijos, a los divorciados que hablan muy mal de la ex, a los viudos que hablan muy bien de la finadita, a los muy altos, a los muy bajos, a los muy gordos, a los muy flacos, a los señores mayores de 40, a los que viven con la mamá, a los que miran solamente futbol. De la larga lista solo le quedaron tres. Ella dijo:

¡Con mi papá y con mi psicólogo no!

Así que fue al único que le quedaba y le correspondía. Pero él, él ya la había borrado de su lista, cuando borró a las tontas que todavía piensan que existen los príncipes azules.

Caperucita Roja 1 (Tradición oral)

Caperucita roja embarazada, tocándose el vientre dijo: El lobo no me COMIO, fue un error de tipeo.

Caperucita Roja 2 (Tradición oral)

Caperucita Roja al fin conoció al príncipe azul, al poco tiempo se casaron, fueron felices, comieron perdices y tuvieron un hijo que fue violeta.

La Bella Durmiente (Marco Denevi)

La Bella Durmiente cierra los ojos pero no duerme. Está esperando al Príncipe. Y cuando lo oye acercarse simula un sueño todavía más profundo. Nadie se lo ha dicho pero ella lo sabe. Sabe que ningún príncipe pasa junto a una mujer que tenga los ojos bien abiertos.

Cenicienta y su desilusión (Tradición oral)

La cenicienta en la noche de bodas tuvo su primera desilusión. El príncipe azul era un fiasco, era un fe-ti-chis-ta. Únicamente le interesaba el zapato.

Final feliz (Tradición oral)

Ella conoció al hombre de su vida. Le pregunto al hombre de su vida si se quería casar con ella. El hombre de su vida dijo: ¡No!.

Y ella vivió feliz para siempre...

El encantamiento (Tradición oral)

El príncipe se encontró con una rana ojona, bocona y babosa. La rana habló y le dijo:

Príncipe, dame un beso para que se rompa el encantamiento, soy una bella princesa.

El príncipe levanto a la rana ojona, bocona y babosa y con mucho asco le dio un beso.

¡Muaaaa! El encantamiento se rompió y la rana se transformó en una hermosa princesa.

El príncipe quedó ojón, bocón y baboso. Quiso acercarse para darle un beso pero ella no quiso, le dijo: - ¡No! Puede volver el encantamiento. A él no le importo y avanzó, ella retroció, tropezó y cayó al suelo, el cayó arriba de ella y los dos quedaron encantando, encantados, encantados...

Juguemos en el bosque (Cristina Villanueva)

¿Conocen la canción juguemos en el bosque? ¿Me ayudan a cantarla?

Juguemos en el boque mientras el lobo no está.

¿Lobo estás?

Me estoy poniendo la camiseta.

Juguemos en el bosque mientras el lobo no está. ¿Lobo estás?

Me estoy poniendo las botas.

Juguemos en el bosque mientras el lobo no está. ¿Lobo estás?

Me estoy poniendo el calzoncillo.

Dijo el lobo y justo de ahí, detrás de unas matas, sale una lobita joven, de ojos brillantes, hocico húmedo y boca pintada que dice: - ¡No! ¡No lobito! Espera.

No te pongas los calzoncillos todavía.

Y ustedes, ¡Sigán jugando!

Bilingüismo (Fernando Aramburu)

Blanca Nieves era bilingüe, por eso les dijo a los siete hombrecitos:

...Pos ahora mismo van a ver cómo me escacharro la cocorota.

E hizo, en efecto, antes los enanos, ademán de poner en práctica la paparrucha.

Ella no era atea de maravillas (Cristian Villaneuva)

Ella frota la maravillosa lámpara. Surge un genio alto y fuerte que se tiende a su lado, se expande para olvidar la estrechez en que estuvo guardado tanto tiempo, la roza apenas de mil y una forma y le dice: “No te preocupes tanto en pensar los deseos, esta vez van a ser mas de tres”

Una vez un príncipe (Armando Rivera)

Hubo una vez un príncipe, quien vivía en un hermoso castillo rodeado de jardines impecables y un maravilloso bosque. tenía un rey dedicado, una reina amorosa, una inmensa corte con nobles y duques. además, cinco posibles princesas para desposar. todo era perfecto, hasta que el heredero descubrió que le gustaban los caballeros andantes.

En secreto (Jairo Anibal Niño)

En secreto

Recogí el vaso en que habías bebido

Y lo lleve a mi casa.

Por las tardes, cuando llego del colegio,

Lo coloco debajo del grifo

Y veo flotar un beso en el agua.

No busques mas tu cuaderno de geografía (Jairo Anibal Niño)

No busques mas tu cuaderno de geografía.

Yo lo saqué de tu mochila.

No quisiste ir a la Matinée conmigo,

El domingo pasado.

Mis amigos me contaron

que estabas en compañía de Bermúdez,

el grandote que practica lucha libre.

Me contaron que estabas muy linda,

Y que te reías a cada rato.

No busques mas tu cuaderno de geografía.

Ahora que esta lloviendo,

Asómate a la ventana,

Y veras pasar ochenta barquitos de papel.

No busques mas tu cuaderno de geografía.

Supe que te amaba (Jairo Anibal Niño)

Supe que te amaba

-mas allá de toda duda-

el día en que estabas colocando un calvo en la pared

y te golpeaste con el martillo

y a mi me empezó a sangrar el dedo pulgar.

Lección de música (Jairo Anibal Niño)

Lección de música:

Do
Re,
Mi,
Fa,
Sol,
La,
Si.
¿Sí?
Sí, Mi Sol;
Sí.

Usted (Jairo Anibal Niño)

Usted
... que es una persona adulta
- y por lo tanto-
sensata, madura, razonable,
con una gran experiencia
y que sabe muchas cosas,
¿qué quiere ser cuando sea niño?

Cuando apoyo mi oído (Jairo Anibal Niño)

Cuando apoyo mi oído
En el caracol de tu oreja
Escucho el mar de tu corazón.

Si María (Jairo Anibal Niño)

-Si María tiene tres manzanas
y le da una a Nicolás,
¿Cuántas le quedan?
-¿En que está pensando, Nicolás?
¿Acaso no sabe la respuesta?
-Si María me da una manzana,
todavía me queda una esperanza.

¿Me haces un favor? (Jairo Anibal Niño)

-¿Me haces un favor?

-¿Qué clase de favor?

-¿Quieres tenerme mis avioncitos durante todo el recreo?

-¿Durante todo el recreo?

-Si, es que tu eres mi cielo.

Ayer por primera vez (Jairo Anibal Niño)

Ayer por primera vez supe lo que era la aritmética

Cuando, sin que nadie se diera cuenta,

Me besaste en los labios.

Ayer por primera vez

Supe que 1 mas 1 son 1.

El gesto del mago (Rubén Martínez)

El mago hizo un gesto e hizo desaparecer el dolor. El mago hizo otro gesto e hizo desaparecer la tristeza. El mago hizo otro gesto e hizo desaparecer el hambre. El dictador hizo un gesto e hizo desaparecer al mago.

Duda tardía (Walter Rago, adaptación Alicia Perrig)

Paseaba con sus nietos por el Mercado de Pulgas, mirando entre distraído y aburrido, artesanías y artefactos olvidados. De pronto, al llegar a la mesa de los viejos teléfonos, se detuvo frente al más antiguo, observó minuciosamente cada cable, cada pieza, cada botoncito hasta el más ínfimo detalle y al entender su funcionamiento comprendió, recién entonces comprendió que aquel teléfono del hotel, en 1935, en realidad, no estaba conectado.

Una ráfaga de hielo le recorrió la columna vertebral cuando apretó las manos de sus nietos, que podrían ser otros nietos.

Tango (Gerardo Mario Goloboff)

Aquel hombre bebió para olvidar a la mujer que amaba, y la mujer amó para olvidar al hombre que bebía.

Justicia (Alejandro Ermoloff)

Hubo una vez un pibe que quiso robar algo

Hubo una vez 50 exaltados que lo mataron por eso

Ahora hay 50 asesinos sueltos

Un domingo en el zoo (Adaptación del cuento de Javier Villafañe)

En las puertas del jardín zoológico llegó un niño con su papá.

El niño pidió: un globo, un globo, quiero un globo.

El padre le dijo: No.

Un globo, un globo, quiero un globo –volvió a pedir el niño.

El padre le dijo: No.

Un globo, un globo, quiero un globo –volvió a pedir el niño.

El padre le dijo: No.

A las puertas del jardín zoológico llegó una niña con su mamá.

La niña pidió un globo, la mamá se lo compró, la niña lo soltó, el globo se escapó y se voló.

La niña pidió otro globo, la mamá se lo compró, la niña lo soltó, el globo se escapó y se voló.

Pidió otro globo, la niña lo soltó, el globo se escapó y se voló.

El niño seguía pidiéndole a su papá un globo.

Un globo, un globo, quiero un globo –volvió a pedir el niño.

El padre le dijo: No.

Un globo, un globo, quiero un globo –volvió a pedir el niño.

El padre le dijo: No.

La niña seguía pidiendo globos, los soltaba, los globos se escapaban y se volaban.

El niño se puso a llorar y pidió con todas sus fuerzas: ¡Un globo!

El papá dio un rotundo y contundente: ¡No!

Entonces el niño se soltó, se escapó y se voló.

Las cosas que uno no hace (Leo Buscaglia)

¿Recuerdas el día en que te pedí prestado tu auto nuevo y te lo abollé?

Pensé que me matarías, pero no lo hiciste.

¿Recuerdas cuando te arrastré a la playa, y me advertiste que llovería y así fue?

Creí que me retarías: “Yo te lo había dicho”. Pero no lo hiciste.

¿Recuerdas cuando volqué la torta de fresas sobre la alfombra de tu casa?

Creí que me golpearías, pero no lo hiciste.

¿Recuerdas cuando me olvidé de advertirte que el baile era de etiqueta y apareciste en jeans?

Pensé que me abandonarías, pero no lo hiciste.

Sí, hubo muchas cosas que no hiciste.

Sin embargo me soportaste, me amaste, me protegiste.

Yo quería resarcirte por muchas cosas cuando volvieras de Vietnam.

Pero no lo hiciste.

Fidelidad (Wimpy)

Cuando te fuiste ordené todas las cosas como a ti te gustaban. Enderecé los cuadros, puse siempre flores en el florero, coloque el cenicero allí, al lado de tu sillón favorito. Cuando vi todo así me puse contento, porque pensé: ¡Ahora sí que puede estar a gusto, aquí dentro, su recuerdo!

Mitología 1 (Marco Denevi)

La mamá centauro mientras amamanta al bebe centauro, lo mirá y llorá. Y le dice al papá centauro: - Cuándo le diremos que es un mito y no existe.

El ladrón (Jairo Anibal Niño)

El presidente de ese país salió a mezclarse con el pueblo. Tenía un pañuelo con perfume que llevaba a la nariz cada vez que besaba a un niño, porque le quedaba el olor del pueblo. Cuando se dio cuenta que le faltaba su reloj de oro empezó a gritar:

¡Al ladrón, al ladrón, maten al ladrón, maten al ladrón!

Al otro día, las banderas de ese país, estuvieron a media asta.

Vocación precoz (Lucía Díaz)

De pequeño jugaba a exterminar hormigueros, mientras los otros niños leían “Las mil y una noches”. Siendo adulto, destruyó Bagdad.

El niño y el mar (Gozalo Valderrama)

El niño: lala lala lala lala

El mar: uash uash uash uash

El niño: lala lala lala lala

El mar: uash uash uash uash

El niño: lala la...

El mar: uash uash uash uash

El mar: uash uash uash uash

El mar: uash uash uash uash

Fragmento del prologo de Doce cuentos peregrinos (Gabriel García Márquez)

Soñé que asistía a mi propio entierro, de pie, caminando entre un grupo de amigos vestidos de luto solemne, pero con un animo de fiesta.

Todos parecíamos dichosos de estar juntos. Y yo mas que nadie, por aquella grata oportunidad que me daba la muerte para estar con mis amigos, los mas antiguos, los mas queridos, los que no veía desde hacia mas tiempo.

Al final de la ceremonia, cuando empezaron a irse, yo intente acompañarlos, pero uno de ellos me hizo ver con una severidad terminante que para mi se había acabado la fiesta. –“Eres el único que no puede irse”-, me dijo.

Solo entonces comprendí que morir es no estar nunca mas con los amigos.

El llanto (Juan Rulfo, Pedro Páramo)

Entonces oyó el llanto. Eso lo despertó: un llanto suave, delgado, que quizá por delgado pudo traspasar la maraña del sueño, llegando hasta el lugar donde anidan los sobresaltos. Se levanto despacio y vio la cara de una mujer recostada contra el marco de una puerta, oscurecida todavía por la noche, sollozando.

-¿Por qué lloras, mamá? –preguntó; pues en cuanto puso los pies en el suelo reconoció el rostro de su madre.

-Tu padre ha muerto- dijo.

Favores (Horacio de Azevedo, texto inédito)

-No me dejes morir- le pedí yo, apenas rozándole la mano, y ella entonces me salvó.

Tiempo después, ella me pidió, apretándome la mano, que la matara, y yo, que soy agradecido, accedí y le hice el favor.

En las sillas se casan los fantasmas (Nieves De Cesco)

En las sillas se casan los fantasmas fantasmas de cola larga, larga, con esa ilusión de vivir mañana la vida que ellos no tienen como carga. Con bellas damas se casan fantasmas de cola larga, larga, pobrecitos que no saben que la vida es muy amarga.

Epitafio (Gonzalo Salesky)

Cuando supo que se acercaba la hora, se decidió a escribir su epitafio. Para ser recordado en el lugar donde vivió siempre, para plasmar algún pensamiento agradable o simplemente para despedirse. Quería dejar algo. Lo necesitaba. Como una especie de consuelo ante su inminente partida.

No sabía qué le esperaba allí, del otro lado. Por más leyendas o historias que supiera, lo aterraba el hecho de comenzar su último viaje sin saber el destino.

Al fin tuvo la frase exacta entre sus labios y sólo en ese momento sintió que podía partir. Tranquilo, ligero de equipaje y sin cuentas pendientes. Cerró los ojos, y luego de esos nueve meses que le parecieron eternos, nació.

Historia de amor de un granito de arena y una estrella (Tradición oral)

Había una vez un granito de arena que estaba perdidamente enamorado de una estrella.

Todo el mundo decía: ¡pero qué tonto, qué estúpido! ¿Cómo algo tan chiquito y tan pequeño se va a enamorar de algo tan grande, tan lejano y luminoso como una estrella?

Muchas cosas se dijeron, muchas cosas pasaron, que sí, que no, lo que hubo, lo que no hubo, lo que pasó, lo que no pasó... pero lo cierto es que un buen apareció en la playa la primera estrella de mar.

Historia breve de amor (Tradición oral)

Las historia de amor más bella y corta solo tiene tres palabras.

¿Me querés?

¡Sí!

Azúcar en los labios (Jorge Ornelio Cardoso)

Esa mañana en el pueblo todos los habitantes amanecieron con azúcar en los labios. Todos.

Los jóvenes, los viejos, los niños también. Desde Don José el carnicero hasta Doña María la verdulera, todos amanecieron con un terrón de azúcar en los labios. Pero los únicos que se dieron cuenta, fueron los enamorados cuando se dieron un beso...

Largo y tendido (Cristina Villanueva)

Ellos dijeron que iban a hablar “largo y tendido”. Cuando se tendieron, no hablaron, al menos, no con palabras.

Cuando pasas (Jairo Anibal Niño)

Cuando pasas, se cae un cuaderno, un pie tropieza, se escurren unos anteojos, se oprime una garganta, un par de manos sudan, se extravía una bufanda. Lo que ocurre es que el cuaderno, el pie, los anteojos, la garganta, el par de manos y la bufanda están locos por ti.

Asuntos pendientes (Marita von Saltzen)

Ellos tenían que tratar “asuntos pendientes”. Cuando se juntaron y ella vio “los asuntos” que le pendían a él. Los trato con mucho cariño.

Su amor no era sencillo (Mario Benedetti)

Los detuvieron por atentado al pudor. Y nadie les creyó cuando el hombre y la mujer trataron de explicarse. En realidad, su amor no era sencillo. Él padecía claustrofobia, y ella, agorafobia. Era sólo por eso que fornicaban en los umbrales.

Velatorio de Jorge (Jorge Díaz)

En el velatorio de Jorge su mujer estaba al lado del cajón llorando. Cuando entro una mujer, era la amante de Jorge. La mujer de Jorge lo supo enseguida porque era el mismo perfume que él traía casi todas las noches. Entonces ella la tomó de un brazo a la amante de Jorge y la llevo a su saca, abrió el placard y saco toda las pertenencias de Jorge y las repartió.

El zapato izquierdo para vos, el zapato derecho para mí.

Una media para vos, otra media para mi.

Tomó un tijera y empezó a romper y a cortar su ropa.

La pierna de un jean para vos, la otra pierna del jean para mi.

Un pedazo de camisa para vos, otro pedazo de camisa para mi.

Como la cama no la podía cortar en dos, decidió compartirla. Y las dos, la pasaron mucho mejor que con Jorge.

Amor 77 (Julio Cortázar)

Y después de hacer todo lo que hacen se levantan, se bañan, se entalcan, se perfuman, se visten, y así progresivamente van volviendo a ser lo que no son.

Toda una vida (Beatriz Pérez Moreno)

Lo vio pasar en un vagón de metro y supo que era el hombre de su vida. Imaginó hablar, cenar, ir al cine, yacer, vivir con él. Dejó de interesarle, tomó otro metro.

El esposo (Norges, Les Cerveaux Bûrlés)

Él se casa con una muerta. Ella no se lo había dicho. Se ocultan muchas cosas cuando uno quiere casarse. Ella hace todo lo posible pero se vuelve carroña. Al final, por el olor, él se da cuenta de todo. Demasiado tarde, está casado. Entonces, él muere a su vez para arreglar el asunto.

Una cana (Gustavo Masso)

Cuando ella descubrió su primera cana quiso arrancarla de un tirón, pero como el odioso pelo blanco se prolongaba, jaló y jaló, mientras su cuerpo se destejía, hasta que sólo quedó una niña llorando asustada.

Tortugas 1 (Tradición oral)

Había una vez una tortuguita que subía por un tronco, caminaba por la rama de un árbol y se caía. Una y otra vez la tortuguita subía por un tronco, caminaba por la rama de un árbol y se caía. Volvía a subir por un tronco, caminaba por la rama y se caía. Y otra vez subir por un tronco, caminaba por la rama y se caía.

En unas ramas más arriba, en un nido, la paloma le decía al palomo:
¡Che viejo, si le decimos la verdad, si le decimos que es adoptada!

Tortugas 2 (Tradición oral)

Era el cumpleaños del león, del rey de la selva. Todos los animales se juntaron en la selva para festejar y decidieron hacer un rico asado. Pero a la hora de comer el asado se dieron cuenta que les faltaba la sal, así que mandaron a la jirafa a buscar la sal, la jirafa con su cuello tan alto dijo que ¡No!. Mandaron al elefante, el elefante con su trompa dijo que tampoco iba a buscar la sal. Mandaron al conejo, que dijo con las orejas que no. Así que se pusieron todos los animales de acuerdo y mandaron a la tortuga. Una hora y la tortuga no aparecía, dos horas y ni rastros de la tortuga, tres horas, cuatro, cinco... Y el asado ya estaba frío y todos los animales comenzaron a murmurar y a criticar a la tortuga.

¡Pero qué tortuga tan tonta!

¡Pero qué tortuga tan lenta!

¡Qué tortuga tan estúpida!

Y en eso se escucha la voz de la tortuga que dice:

¡Miren, si ustedes me siguen insultando, yo no voy nada a buscar la sal!

Tentación (Tradición oral)

La serpiente le dijo a Eva: - ¡Comé la manzana!

Eva dijo: ¡No, no!

¡Comé la manzana vas a ser inmortal!

¡No, no no! Dijo Eva.

¡Comé la manzana vas a ser sabia!

¡No, no no! Dijo Eva.

¡Comé la manzana vas a tener poder!

¡No, no no! Dijo Eva.

¡Comé la manzana, comé la manzana que... que no engorda!

Y Eva la comió

El osito polar (Tradición oral)

El osito polar viene corriendo y le pregunta a su mamá.

Mamá, mamá. ¿yo soy un osito polar?

Sí hijito, tienes orejitas de osito polar.

¡Ah bueno! Se fue corriendo, pero al otro día volvió y le pregunto a su mamá.

Mamá, mamá. ¿yo soy un osito polar?

Sí hijito, tienes ojitos de osito polar.

¡Ah bueno! Se fue corriendo, pero al otro día volvió y le pregunto a su mamá.

Mamá, mamá. ¿yo soy un osito polar?

Sí hijito, tienes manitos de osito polar. ¿Pero por qué me preguntás tanto?

Es que mamá... ¡Tengo frío...!

El cuervo y el zorro (Antifabula de tradición oral)

El Cuervo estaba sobre la rama de un árbol, muy contento saboreando un pedazo de carne. Al verlo el Zorro, desde abajo, muy astuto, le dijo: “¡Qué hermoso plumaje! Seguro tu voz es tan linda como tu plumaje, ¿por qué no cantás una canción?” A lo que el Cuervo responde, después de disfrutar la carne y tragarla: “¡Nooo! ¿Qué te pensás? Yo ya leí a La Fontaine”.

La cigarra y la hormiga (Antifabula)

Todos conocen la fabula de la cigarra y de la hormiga, dónde la hormiga ayuda a la cigarra en el invierno, le da comida y le explica que el trabajo es el fruto del esfuerzo.

Un año después la hormiga trabaja limpiando en el aeropuerto, en un plan trabajar, por tres hojitas de ligustro mensuales. La hormiga estaba limpiando el piso, con un pañuelo en la cabeza, la transpiración le caía por la frente. Y ve que aterriza un avión y del avión baja la cigarra, con un tapado de piel, lentes negros, fumando en una boquilla. La hormiga se queda con la boca abierta, pero se acerca a la cigarra y le dice:

¡Cigarra, cigarra! Soy yo, la hormiga, la que te dio de comer el invierno pasado, la que explico que el trabajo es el fruto del esfuerzo. Por lo visto me hiciste caso.

La cigarra miró de arriba abajo a la hormiga y le respondió: - ¡No!

¿Cómo que no?

Mi vocación era cantar. Y cantando de jardín en jardín, conocí a un productor, que me llevo a Francia. Canté en lo mejores teatros, me volví famosa.

La hormiga que no podía cerrar la boca le pregunto:

¿Conociste gente importante?

Sí, intelectuales, gente como una. La creme de la creme.

¿Y a escritores? ¿Conociste escritores? ¿A un tal La Fontaine?

Sí, somos íntimos.

Decile de mi parte, ¡Que se vaya a la puta que lo parió!

Amenazas (William Ospina)

-Te devoraré -dijo la pantera.

-Peor para ti -dijo la espada.

Lección (Jairo Anibal Niño)

-Paula, ¿usted sabe qué es es una oveja?

-Sí. La oveja es una nube con paticas.

¿Qué es el gato? (Jairo Anibal Niño)

El gato

es una gota

de tigre.

Las viajeras (Anthony De Melo)

A las puertas del cielo se presentaron cinco viajeras, el carcelero les preguntó quiénes eran:

La religión, dijo la primera.

La juventud contestó la segunda.

La tercera se presentó como la comprensión.

La cuarta, la inteligencia.

Y la quinta sentenció que era la sabiduría.

Identifíquense, ordenó el carcelero. Entonces, la religión se arrodilló y rezó.

La juventud se rió y cantó. La comprensión se sentó y escuchó. La inteligencia analizó y opinó, y la sabiduría, la sabiduría... contó un cuento.